

**«Matrimonios rápidos,
servicio permanente
las 24 horas del día».**

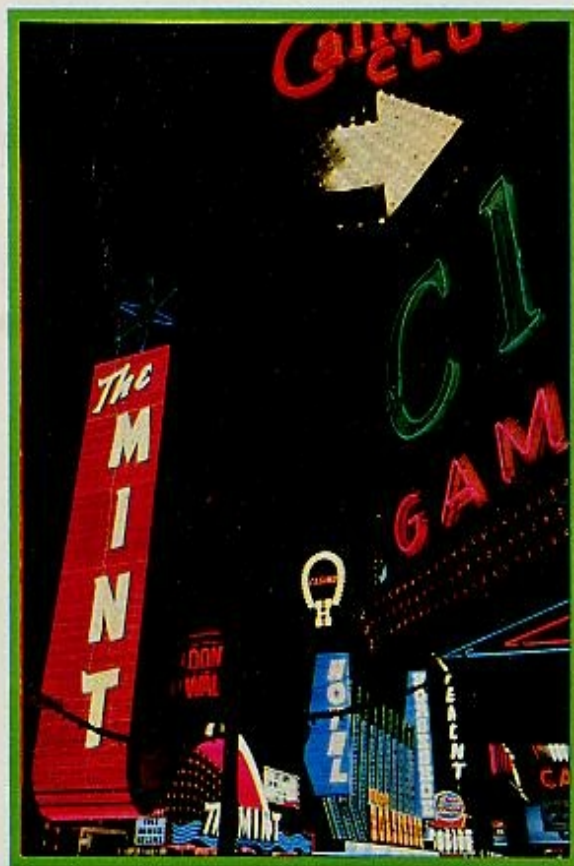


LAS GEMELAS VICIOSAS DE NEVADA

RENO

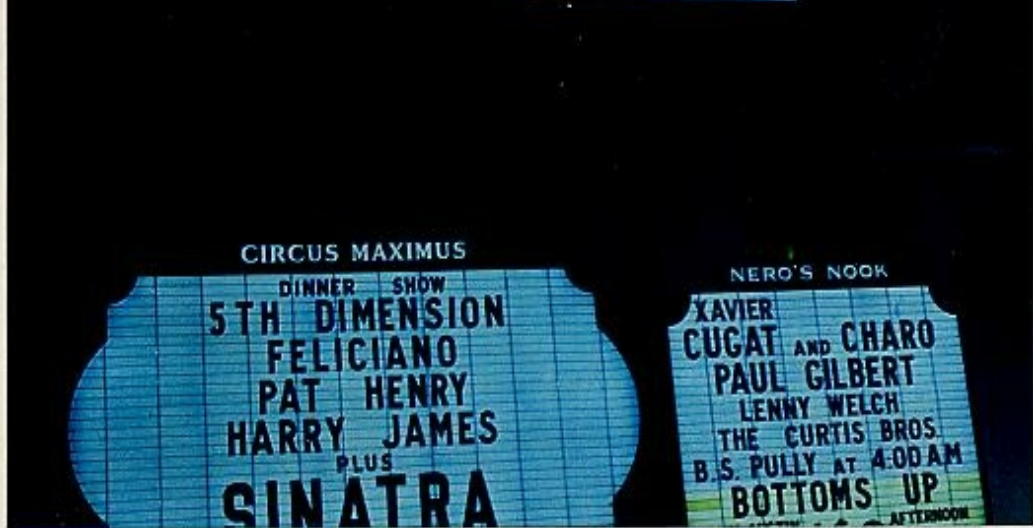
Y

LAS VEGAS



UNA vez, un comentarista de la «Voz de América» dijo que Las Vegas era «una ciudad de pecado». Recibió un excelente correo: cientos de cartas de ciudadanos de Las Vegas le agradecían la buena propaganda hecha para su ciudad. El pecado es rentable. Las Vegas tenía 2.000 habitantes en 1820, 8.000 en 1940, 26.000 en 1950, 64.000 en 1960. Se acerca ahora a los cien mil. Su vecina y competidora Reno crece también. Va perdiendo derecho al título que exhibe con orgullo en un arco triunfal





sobre su calle principal, que lleva el paradójico nombre, para una ciudad que vive de los divorcios y de los matrimonios rápidos, de Virginia Street. En el letrero se lee: «Reno, the biggest little city in the world». Los letreros de Las Vegas están todos en luces de neón. Anuncian el juego. El juego es la vida de Las Vegas. Todos los años en los Estados Unidos se procesa a unas 150.000 personas por juegos prohibidos. A nadie se le ocurriría aplicar esta ley en Las Vegas, que tiene permiso y que paga por él. Paga al Estado. Un uno por ciento. Mientras que los servicios de la policía buscan en Nueva York y otros estados las máquinas de jugar, las máquinas «tragaperras», que una vez confiscadas arrojan al mar, en Las Vegas los agentes las controlan para que el Estado cobre su licencia. En 1948, Raymond Cartier («Las 48 américas») encontró que el Estado federal había recaudado por este motivo 1.403.746 dólares, lo cual suponía que el dinero cruzado en el juego era de 140 millones. Hay que aumentarlo en el posible fraude, hay que multiplicarlo por el tiempo pasado, y se calculará que hoy se cruzan en los tapetes verdes de Las Vegas —el único verdor que brilla en los áridos desiertos que la circundan— unos 300 millones de dólares. Ian Fleming («Diamonds are for ever») hacía otro cálculo. Once millones de personas visitan anualmente Las Vegas, las pérdidas medias se calculan en unos doscientos dólares por persona, luego los Ingresos para

Centro mítico de la diversión y, sobre todo, del juego, Las Vegas acoge cada año a once millones de turistas. En sus célebres hoteles y clubs actúan las figuras más destacadas del «show business»



MUSIC HALL

NOW APPEARING THRU MARCH 26!

PHIL HARRIS



DOODLETOWN PIPERS



HARRY JAMES

AND INTRODUCING MARCO VALETTI

PUT YOURSELF IN OUR PLACE!

FRONTIER HOTEL

Las Vegas, Nevada

FOR RESERVATIONS CALL 734-0103

RENO, LAS VEGAS

los dueños de las casas de juego —en el fondo, en la oscuridad, y a veces muy visibles, los más poderosos «gangs» del país— pueden calcularse en 2.200 millones de dólares, de los que hay que descontar los gastos —muy elevados: un personal numeroso y de primer orden, unas instalaciones cuidadas en las que se incluyen circuitos cerrados de televisión para espiar a los tramposos, derroches de luz, atracciones, impuestos y, sobre todo, el dinero que se paga a los «gangsters» para la llamada «protección»— y aún debe quedar una parte importante... Pero, ¿es que nadie gana? Sí, hay quien gana. Pero la media de doscientos dólares de pérdidas está calculada contando los que ganan y los que pierden. Los porcentajes «a favor de la casa» son considerables: 5 por ciento en el «Blackjack», 5,5 en la ruleta, 17 por ciento en el «Bingo», del 15 al 20 por ciento en las máquinas...

Una historia de humor que se cuenta en Las Vegas:

—Una vez, un tipo pasó sólo dos días en la ciudad y se marchó con cien mil dólares...

—¿Con cuánto había empezado?

—Con medio millón...

Más cifras. Un gran casino de Las Vegas consume diariamente 80 pares de dados, 120 paquetes de cartas de materia plástica. Cincuenta máquinas de jugar se retiran cada veinticuatro horas por haber quedado inservibles.

En Las Vegas no existe pasado ni presente. Se vive en un tiempo irreal, en el que siguen teniendo vigencia, a escala de espectáculo, nombres que fueron célebres hace unos años y hoy son como instituciones inamovibles y marginales.

GUY LOMBARDO
AND HIS ROYAL CANADIANS



TONIA BERN-CAMPBELL
TONY COINTREAU

SUNSHINE HOTELS 15 EAST TOMBARDI FROM 11:30 P.M.

THE CAROLE KAI SHOW

the Blue Room Tropicana

La máquina, una institución

La máquina es la gran furia. Es el juego donde el hombre —generalmente, la mujer; principalmente, la anciana— lucha contra la máquina, se agarrota durante horas y horas a la palanca, tira de ella con fuerza como si su pasión de ganar pudiera transmitirse al mecanismo. Todos los casinos tienen una pequeña clínica donde se turnan los médicos en servicio continuo para atender a los enfermos del juego —los cardíacos, los histéricos, los coléricos—, y en ellas el mayor número de atenciones se prestan a las manos heridas y sangrantes de los jugadores que han permanecido durante demasiadas horas aferrados a la palanca de las «tragaperas», que corren de una a otra buscando la buena, y arrastrando tras de sí las cestas donde llevan las monedas que introducen incesantemente por las ranuras de las máquinas. La máquina, que es una institución en los Estados Unidos, alcanza en Las Vegas la categoría de un ídolo, y está omnipresente. Junto a las casas de magistrados y pastores de distintas religiones, sobre las que brilla un letrero de neón («Matrimonios rápidos. Servicio permanente las veinticuatro horas del día»), hay máquinas de las que sale, por una módica suma, el ramito de flores —desde la orquídea al azahar—, que será el único símbolo de nupcialidad de la novia de urgencia.

La calle de pagar

Para los que ganan en el juego se han previsto las tentaciones. El dinero del juego es rápido en huir. Es un dinero fácil. El alcohol y las diversiones abundan. Reno y Las Vegas lamentan los tiempos buenos de la prostitución permitida. En Reno existía el famoso «Stockade», también con servicio permanente durante las veinticuatro horas del día y la noche, con turnos que se relevaban de ocho en ocho horas. La guerra mundial lo cerró al amparo de una ley que instituyó la moralidad en tiempo de guerra. Cuando ésta terminó, hubo una Mrs. Cunningham que quiso abrirlo de nuevo y no lo consiguió. El caso se planteó en forma de referéndum, para lo cual el alcalde consagró dos extensas salas de lectura para que los votantes pudieran estar bien informados del caso. En una se contenían los libros favorables al mantenimiento de la prostitución; en la otra, los libros que sostenían los argumentos contrarios. En el referéndum ganó el partido contrario. Pero el criterio fundamental no estaba, sin duda, contenido en los libros. Consistía en que la prostitución podía perjudicar las dos grandes industrias de la ciudad: el divorcio y el matrimonio

rápido. En el primer caso, porque suponía alivio de tensiones, y en el segundo porque remitía la urgencia de las necesidades... De todas formas, no puede de ninguna manera decirse que la prostitución haya sido erradicada de Nevada, que haya desaparecido de Las Vegas o de Reno. Ha pasado al estado de tolerancia.

El Strip —la gran avenida de Las Vegas— tiene una longitud aproximada de cinco millas —unos ocho kilómetros—, y las cinco están dedicadas al juego. Los irónicos la llaman la «Rue de la Pay», la calle de pagar, con un juego de palabras en recuerdo de la Rue de la Paix de París. Por la noche, desde el avión, es un espectáculo inolvidable el de esta ciudad de fuego en medio del desierto.

La bomba atómica

Sólo otro fuego mil veces más brillante consiguió apagar en un tiempo las luces de Las Vegas. El de la bomba atómica, cuyos ensayos se efectuaban a poco más de un centenar de kilómetros de la «ciudad del pecado». Los moralistas acostumbraban a ver una relación simbólica entre este fuego artificial del vicio en libertad y el otro, el fuego atómico, en el que se podía sospechar un avance del fin del mundo, una especie de amenaza de castigo bíblico por la acumulación de los pecados. Para los materialistas, al contrario, los ensayos atómicos eran gratos. Suponían un espectáculo supletorio y gratuito. Muchos turistas se acumulaban en Las Vegas y en Reno cuando se anunciaba un prueba atómica, para poderla presenciar cómodamente desde las terrazas de los grandes hoteles. Estos turistas, indudablemente, aprovechaban para jugar, algunos para divorciarse, algunos para casarse de pronto, incluso con las bellas divorciadas que esperan unos días después de su separación, por si llega otro corazón sangrante al que consolar. Los psicólogos de estas dos ciudades, de las gemelas viciosas de Nevada, consideran que cuanto menos tiempo tiene un hombre, más útil es en el juego o en el amor. Reno consiguió una vez que los grandes expresos transcontinentales tuvieran una hora, una simple hora, de parada en su estación. Se ve a los viajeros que bajan del tren, aún en marcha, para aprovechar al máximo esa hora en el juego y volver a tiempo al tren. Algunos lo pierden, y esperan el paso del siguiente. Otros no se marchan más... En Las Vegas o en Reno hay muchas sombras de personas a las que se señala con el dedo, con un cierto orgullo, y se dice de ellas que bajaron del tren por una hora y no se volvieron a subir a él jamás... ■ Reportaje gráfico: MARTINEZ PARRA.